



Hernán Venegas
Diego Morales
Enzo Videla
Departamento de Historia
Facultad de Humanidades
Universidad de Santiago de Chile
hernan.venegas@usach.cl

Trabajar en la fábrica y vivir en el barrio: intervención social de la empresa en Chile, 1930-1960¹

Resumen

Esta investigación analiza los mecanismos de control y prácticas de gestión del trabajo implementada en grandes industrias chilenas. Se sostiene que existió un horizonte común de gestión de la mano de obra, bajo la modalidad de *control extensivo* en la medida que diversas experiencias industriales del país sistematizaron su intervención en espacios de “no-trabajo” de los sectores obreros, con el objeto de disciplinarlos y moralizarlos como trabajadores responsables, leales al interés patronal y por extensión al de la nación. Para ello desarrollaron planes de urbanización en espacios aledaños a las fábricas, originando poblaciones obreras, redes de sociabilidad y lugares de esparcimiento para las familias, como estadios, teatros y salas de cine, así como iglesias y escuelas, iniciativas teñidas por un tinte de higienismo médico y moral.

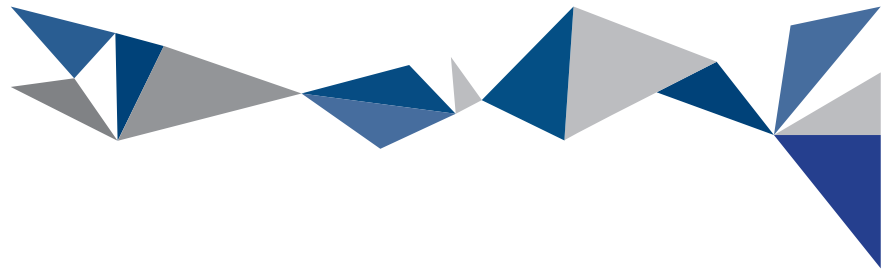
Palabras claves: Control extensivo, fábrica, urbanización, higienismo.

Abstract

This research analyzes the mechanisms of control and work management practices, implemented in large Chilean industries. It is argued that there was a common horizon of management of labor, in the form of extensive control to the extent that various industrial country experiences its widespread intervention in areas of “no-work” of the labor sectors, with the aim of discipline and moralize as responsible, loyal to the employer’s interest and by extension the nation’s workers. To do this they developed urban plans in areas to factories, making stocks workers create networks of sociability and recreation for families, such as stadiums, theaters and cinemas, as well as churches and schools, initiatives stained by a medical and moral higienism.

Keywords: Extensive control, factory, urbanization, higienism.

¹ Este artículo forma parte de los resultados del proyecto FONDECYT N°1140185 La construcción del orden fabril. Políticas, representaciones e imaginarios del control extensivo en Chile. En dicho proyecto, Hernán Venegas participa como investigador responsable y los profesores Diego Morales y Enzo Videla como co-investigadores.



Introducción

Los esfuerzos de industrialización y la gestión del trabajo

El desarrollo empresarial chileno tuvo en las actividades industriales una notable expansión a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo siguiente. En estas experiencias los sectores empresariales debieron enfrentar problemas relativamente comunes en términos de provisión de recursos económicos, tecnología y especialmente en lo relativo a la atracción, fijación y control de la fuerza de trabajo, en un mundo en que las tareas de naturaleza industrial eran más bien una excepción que la regla. En este contexto, el propósito de esta investigación es fortalecer el conocimiento acerca de las prácticas de adiestramiento de la mano de obra en el marco de una creciente competencia por incidir en un mercado de trabajo en formación, cada vez más complejo, pues durante la primera mitad del siglo XX se impuso una serie de restricciones para el control y gestión de la fuerza laboral derivadas de la organización y la capacidad de contestación ejercitada por los tra-

bajadores, que interpelaron efectivamente, tanto a los empresarios como a las instituciones estatales (DeSchazo, 2007; Salazar & Pinto, 1999; Salazar & Pinto, 2002). Interesa reconocer cómo, colocados en esa disyuntiva, los empresarios y sus organizaciones, así como las autoridades administrativas y políticas con las que estuvieron involucrados, debieron extremar sus recursos en la búsqueda tanto del disciplinamiento laboral como el manejo de los espacios sociales relacionados con sus ámbitos productivos. De acuerdo a esto, las formas tradicionales de vigilancia y castigo fueron insuficientes para asegurar el dominio empresarial en el plano de las actividades económicas y las relaciones sociales, por lo que debieron examinar con cuidado y diligencia otras estrategias destinadas a conseguir dicho propósito. En este sentido, las grandes empresas de naturaleza monopólica o que controlaban una parte importante de la producción en su área específica, se interesaron por incorporar prácticas de *control extensivo* en su gestión de la mano de obra (Sierra, 1990; Muñiz, 2007; Lopez, 2010).

En el planteamiento teórico de Jean Paul de Gaudemar (1991) el *control extensivo* alude a todo servicio e infraestructura mantenida por los empresarios para garantizar la reproducción de sus obreros, a través de las cuales intervinieron en espacios y dimensiones sociales que iban más allá de los ámbitos laborales propiamente tal y se dirigían a los del no-trabajo, es decir una esfera más amplia de acción, que tenían que ver con las dinámicas propias del mundo trabajador y cuya meta era el doble propósito de constituir un mercado laboral estable y moralizar a los trabajadores dentro de los esquemas valóricos de los grupos dominantes.

Esta propuesta teórica puede ser utilizada para reconocer las prácticas sociales del empresariado chileno, vinculado a la industria manufacturera de la primera mitad del siglo XX, que ante las dificultades para proveerse de modernas tecnologías, diseñaron prácticas de control que desbordaron la gestión del trabajo y la disciplina interior de las fábricas (a través de reglamentos, por ejemplo), dirigiendo sus esfuerzos a regular el funcionamiento de los ám-



bitos exteriores de sus unidades productivas. Con ello intervinieron en la sociabilidad relacionada con la recreación, el ocio, hogar y vida privada de los trabajadores, así como el de sus respectivas familias, en caso que ellas existieran. De acuerdo con esto, el accionar del empresariado para controlar a sus respectivos trabajadores, avanzó a dimensiones que ampliaron la estricta conveniencia económica, pues rebasa esa esfera y se incorpora a una cuya naturaleza está provista de un sesgo eminentemente moral. Según esto, el establecimiento de viviendas, economatos, escuelas e iglesias apuntaban a hacer “atractivo” el trabajo industrial. Esto en circunstancias que el deterioro de las condiciones de vida obrera, avizoraban un conflicto social abierto por la oposición de industriales y trabajadores proletarizados en los grandes centros urbanos. En este sentido, los esfuerzos por desarrollar un *control extensivo* de las industrias se transformó en una búsqueda por restablecer la armonía y el orden social, tal como lo planteara en su tiempo Frédéric Le Play, al postular la necesidad de revalorizar el patronazgo en las relaciones patrón-trabajador. Por esto, la problemática de la organización del trabajo industrial apuntaba a consolidar las relaciones de poder y autoridad patronal respecto al conjunto de los sectores del trabajo. Aplicado este esquema al análisis de la realidad industrial chilena es posible encontrar prácticas asociadas a los grandes ciclos de disciplinamiento (De Gaudemar, 1991), el predominio de algunas de estas estrategias y la mantención de trazas de intervención extendida, hasta muy avanzado el siglo XX. A lo largo de estas experiencias, sin duda, lo que se buscaba era fortalecer el poder empresarial, aumentar la producción, minimizar los costos o adecuarlos en función de las utilidades y, sobre todo, ejercer un influjo sobre la población trabajadora y sus círculos

sociales. Lo que postulamos es que las experiencias de control extensivo, atraviesan un espectro productivo de gran amplitud tratándose de un horizonte de naturaleza nacional en el que se fue replicando un modelo que buscaba fidelizar a los trabajadores a través de una serie de garantías que en conjunto pueden ser calificadas como salario diferido (López, 2010).

En la naturaleza de este programa o modelo de intervención empresarial incidió la existencia de una vasta red interesada en ensayar mecanismos adecuados de control y disciplina social en la que participaron no solamente empresarios y sus instituciones de representación (SOFOFA, por ejemplo), sino que también actores políticos –muchas veces asociados directamente– y miembros de la burocracia estatal interesados en constituirse en los gestores locales de la tan anhelada “paz social”. De esta manera se pusieron en práctica diversas alternativas vinculadas al *control extensivo*, en su intento por restablecer la concordia social amagada por los conflictos de las primeras décadas del siglo y la supuesta pérdida del rumbo moral de los trabajadores, formulando una serie de regalías y modelos de conducta a quienes, entre los trabajadores de cada empresa, estuviesen dispuestos a amarrar su destino a los de la compañía que, en el imaginario construido por los empresarios debía ser reconocida como la familia industrial. Controlar los espacios de ocio, recreación, educación y constitución familiar pasaban a ocupar la centralidad del esfuerzo por establecer relaciones apropiadas en el ámbito industrial, así las propuestas del higienismo de naturaleza médica, pero también moralizante cobraron centralidad en la estrategia desplegada por las grandes empresas, especialmente en el ámbito de la vivienda obrera y la idea de barrio obrero.

La vivienda y el diseño del espacio como política empresarial

La figura del obrero, del trabajo industrial y la fábrica ha sido un objeto poco frecuente de análisis en el campo historiográfico nacional en las últimas tres décadas (Rojas, 2015). Tampoco lo ha sido el estudio del hábitat y la espacialidad que tuvo la clase obrera durante el siglo XX, es decir, la forma en que se involucró en la ciudad o al menos esos estudios han soslayado de alguna manera lo que denominaremos la *experiencia obrera del hábitat*, lo que comprende actores, espacios y relaciones específicas de convivencia derivados de la transformación y modernización productiva que se comienza a materializar con la consolidación de la expansión definitiva de la actividad industrial en las décadas de 1930-1950. Esto es, una experiencia específica y singular del segmento laboral vinculado a las fábricas.

Así, en áreas específicas de Santiago, por ejemplo, convergieron la labor disciplinadora del Estado a través de sus distintas instituciones sociales, con el esfuerzo sistemático realizado por el empresariado industrial empeñado en construir un hábitat urbano para los trabajadores (Alexander, 1949). El resultado de ambas vertientes se observa en los diferentes barrios residenciales que se fueron construyendo para obreros vinculados a las grandes fábricas en espacios urbanos o aquellos creados especialmente en ambientes tradicionalmente de naturaleza rural. Precisamente allí, se consolidó una *experiencia del habitar* singular en el mundo del trabajo fabril que, pensamos, tuvo implicancias culturales e identitarias en las familias obreras como asimismo en la actividad política y sindical.



Para abordar estos problemas nuestra reflexión se nutre de la renovación que ha ido produciéndose en los estudios clásicos de la historia del trabajo para iniciar una discusión que en el presente ha derivado en miradas más complejas de la experiencia laboral al introducirse en ámbitos situados más allá de las limitadas fronteras de las fábricas. En la percepción empresarial la vivienda obrera era una herramienta de intervención social un apoyo desde el cual se iba a intentar forjar un modelo utópico de relaciones basado en la armonía y la cooperación interclasista. Para avanzar en ello nos hemos servido de los debates en torno al *espacio, vivienda obrera e higienismo social*, en el supuesto de que como artefactos ideológicos de los sectores reformistas de la intelectualidad burguesa decimonónica o del campo científico-profesional de la primera mitad del siglo XX, coincidieron en asociar el diseño espacial con la transformación cultural del mundo obrero (Jerram, 2006). Una temática problematizada por Frey al examinar la estrategia seguida por Schneider en la siderúrgica francesa de Creusot, en la configuración espacial de los alojamientos de trabajadores y familias (Frey, 1986). Así, nuestro enfoque enfatiza el problema de la *espacialidad* (Levy, 2012) y la *materialidad* (Miller, 2001) en la experiencia del habitar y de las prácticas obreras en la ciudad.

La edificación de barrios obreros por parte de empresas y sectores reformistas de la elite en Chile se inscribe en debates relacionados con la historia del urbanismo, higienismo y la vivienda obrera donde participaron abogados, médicos, ingenieros, arquitectos y políticos del país (Hidalgo, 2005). En ese contexto, se llegó a la convicción que una vivienda y luego, un barrio o una unidad vecinal, era un vehículo eficaz de mitigación de la desafección social

de los trabajadores y, más en general, que el espacio construido era un elemento definitorio de las disposiciones culturales y políticas de la clase obrera.

La arquitectura no solo ha reflexionado como disciplina sobre el espacio construido sino también acerca del *significado* y la *capacidad* del espacio de representar el poder específico de un sector o grupo de la sociedad. Esto es posible porque, como lo indica Cortés (2006) la arquitectura permite “repartir a los individuos; distribuirlos espacialmente, educar su cuerpo y codificar su comportamiento para volver a las personas dóciles y útiles”. Lo cual quiere decir que el diseño específico del hábitat construido impone una lógica de acción y uso sobre el cuerpo de los sujetos. De allí que Harvey destacara que los objetos y cosas materiales estaban intencionados (Harvey, 2014). A raíz de ello, sociólogos como Clemens Zimmermann (2013), han hecho notar que la urbanización no solo se debe comprender como un proceso cuantitativo y demográfico, ya que al reconocerse que la materialidad de lo urbano impone normas sociales es, al mismo tiempo, un proceso cultural, donde las relaciones, comportamientos, sentimientos, prácticas o gestos de los individuos y comunidades se transforman.

Estas consideraciones sobre el espacio urbano y la arquitectura proporcionan los enfoques articuladores para reconocer: la *experiencia del habitar obrero*. Según observamos, esa experiencia está fundada en un hecho material, -un lugar específico- que nos remite a barrios residenciales construidos por grandes fábricas a partir de 1930. Así, la vivienda y el barrio articularon la vida y el trabajo de sectores específicos en el proceso de formación de la clase obrera industrial urbana en Chile.

Para el historiador británico Leif Jerram (2006) la vivienda induce una norma social desde el momento en que sus miembros debían aprender a distribuirse en dormitorios (antes inexistentes) y nuevos espacios comunes como lo eran las cocinas, pasillos y salas de estar o comedores. Inducían *prácticas* cotidianas diferentes a quienes habitualmente vivían en conventillos, cuartos redondos y áreas periféricas de la ciudad. La vivienda unifamiliar permitió separar a los obreros de las calles y otros lugares comunes de la sociabilidad popular y los barrios/vecindarios de los que formaron parte a su vez se distinguieron y singularizaron de la gran ciudad. Esa fue parte de la labor desarrollada por los planificadores urbanos que, siguiendo las utopías arquitectónicas modernistas, impulsaron la edificación de nuevas unidades residenciales para trabajadores en las diferentes ciudades latinoamericanas desde 1930, tal como se registró en Ciudad de México o Santiago de Chile.

Las raíces intelectuales del modernismo urbano estaban ligadas a las concepciones higienistas del siglo XIX. Albert Levy (2012) explica para el caso de Francia que la idea de “sanear” el medio ambiente urbano impulsó las primeras grandes transformaciones de París pues, como lo ha hecho notar Richard Sennett (1997) refiriéndose a las iniciativas del conde Haussmann, se facilitó la circulación de los bienes y las personas al proyectar grandes avenidas. En su versión más rudimentaria el higienismo decimonónico era un proyecto de intervención médica contra los focos contagiosos de enfermedades (basurales, aguas servidas, mataderos), pero en sus articulaciones más integrales, estaba asociado a un proyecto de transformación moral. En ese sentido la óptica higienista se conciliaba con la planificación urbana y la



arquitectura al iniciarse el siglo XX (Jerram, 2011; Levy, 2012; Harvey, 2014). Estas tres vertientes coincidieron en el conjunto de la ciudad. Las viviendas y las fábricas requerían de condiciones que logran satisfacer la vida “sana”, introduciendo junto a las vías libres de circulación necesarias para la expansión del capital, diversos esfuerzos para evitar el contacto de los trabajadores con olores pestilentes y las concentraciones de polvo o gases expulsados por las chimeneas de las fábricas. Como parte de un problema urbanístico mayor relacionado con el emplazamiento y distribución del equipamiento ciudadano (parques, plazas, jardines o huertos), la vivienda obrera higiénica, cuyo soporte material y estético fuera el fundamento de una vida familiar, se transformó en un punto crucial de los proyectos reformistas existentes entre intelectuales e industriales en el siglo XIX.

El acento puesto por urbanistas, arquitectos o médicos sobre la vivienda obrera implicó que se ocuparan del espacio en una dimensión material (relacionada con la localización u orientación de las edificaciones por ejemplo) pero al mismo tiempo, de la cultura, normas sociales, sociabilidad y redes comunitarias eventuales de una unidad residencial para obreros. Por eso, grandes proyectos residenciales destinados a los sectores del trabajo fueron concebidos con plazas, jardines, centros deportivos, de reuniones o actividad social. Ebenezer Howard, padre intelectual de la *ciudad jardín* en las postrimerías del siglo XIX, ensayó incipientemente fórmulas comunitarias de asociación entre las familias asentadas en los nuevos barrios residenciales en Londres, lo mismo que con anterioridad había intentado desarrollar Charles Fourier (Harvey, 2014). Clarence Perry hizo lo propio a través de su obra *Housing for the Mechanic Age* (1939), autor funda-

mental en la popularización del concepto de unidad vecinal (*neighborhood unit*), según el cual la vivienda obrera se incluía en un barrio integrado, emplazado en sitios cercanos a fuentes laborales de sus moradores y equipado con infraestructura complementaria a las viviendas unifamiliares para facilitar el comercio o el esparcimiento de los habitantes.

En forma embrionaria y con anterioridad a las unidades vecinales construidas por cajas previsionales o el Estado entre las décadas de 1930 a 1950, hubo experiencias urbanísticas semejantes para los obreros de algunas grandes empresas de Santiago. Ellas ayudaron a definir una forma de habitar obrera plenamente consolidada en la década de 1940, como en la población Amador Yarur o Gasco. En ellas las obreras experimentaron de forma singular la ciudad del momento que dispusieron un espacio material exclusivo, dotado de un grado de confort al que muchos trabajadores no accedieron en la misma época: trabajo y escuelas a corta distancia; iluminación pública; alcantarillado intradomiciliario y baño, etc. Pero además, la asistencia, regulación y supervisión permanente de las empresas a través de los departamentos de bienestar y las asistentes sociales. Así, los obreros de dichas poblaciones vivenciaron (y también resistieron) prácticas que anhelaban circunscribir las relaciones y desplazamientos de los trabajadores por parte de las empresas ayudando a forjar un modo de vida particular. Lefebvre señalaba que existen tres formas de concebir el espacio analíticamente. Una de ellas era inmaterial y se relacionaba con cómo se *imaginaba* mientras que otra indicaba la forma en que el espacio era utilizado. Como *práctica* daba importancia “al espacio ocupado por los fenómenos sensibles” (Lefebvre, 2013), fenómenos que como tales no eran equivalentes a la rea-

lidad física ni reflejo nítido de ella, sino el resultado de la acción efectiva de los individuos expuestos a relaciones jerárquicas de poder. En ese punto, cabe destacar que las empresas al construir o mantener barrios obreros esperaban usos específicos de sus espacios, con el afán manifiesto de instalar normas de urbanidad entre sus trabajadores. Precisamente ello justificó que se emplearan asistentes sociales en forma regular en las grandes industrias a partir de 1930. Lo principal era que cada unidad residencial se transformara en una comunidad integrada y separada de la gran ciudad, esto es, limitando su movilidad. Si utilizamos instrumentalmente la distinción de las diferentes movilidades planteadas por el sociólogo británico, John Urry, podríamos señalar que las empresas buscaron constreñir la movilidad corporal de los sujetos (proporcionando casas alejadas a las fábricas), la movilidad *física* de los objetos (favoreciendo el comercio establecido) y la movilidad *onírica* de las representaciones (creando redes comunitarias) (Fernández, 2010), tarea que fundaron en la introducción de nuevas normas de confort social y bienestar.

Para finalizar, es conveniente destacar que la convergencia del análisis del espacio, la vivienda y el higienismo social como parte del proyecto ideológico de “sanear” o “regularizar” lo social, no es necesariamente nuevo. Al ser consultados los trabajos de Thomas Klubock (1998), Eugenio Garces (2003), Angela Vergara (2013), Hernán Venegas (2014) o Enzo Videla (2016) respecto a la industria cuprífera, salitrera y del carbón respectivamente, se observa una preocupación común por desentrañar las estrategias empresariales para normar las relaciones sociales de trabajadores utilizando tanto el espacio, las viviendas como los discursos higienistas. Klubock, de hecho, piensa que en la ciudad cordillerana de



Sewell se vislumbró una domesticación de los obreros del cobre. Para el caso de la siderúrgica y la región salitrera el tema ha sido últimamente abordado por Alejandra Brito (2015) y Pablo Artaza (2016), respectivamente. No obstante, nuestra búsqueda de la *experiencia del habitar obrero* en distritos urbanos en ciudades como Santiago, se reconoce como un esfuerzo distinto en la medida que dicha experiencia está expuesta a dinámicas y tramas de mayor heterogeneidad y complejidad al integrar actores, espacios y actividades en continua tensión y competencia, particularmente entre empresarios. Las fábricas compiten por trabajadores, los municipios crean sus propias normativas, las policías públicas circulan permanente, los trabajadores se desplazan por diferentes distritos de la ciudad, los sindicatos se asocian y solidarizan. Así, las posibilidades de trabajo de los obreros, los puntos de encuentro familiar, los lugares de evasión o entretenimiento, los centros de reunión social e instrucción, aplazan, disputan o limitan con fuerza los esfuerzos disciplinadores empresariales insertos en la gran ciudad, a diferencia de lo ocurrido en los Company Town (Garner, 1992) los que, parcialmente aislados de las grandes ciudades, fueron más exitosos en imprimir sus huellas en la identidad del mundo obrero, logrando aislarse de la interferencia estatal y de otras instituciones reguladoras.

Nuevas formas de habitar: la experiencia del barrio obrero en Chile

En consonancia con este aspecto central nuestra investigación ha reconocido experiencias industriales nacionales, que permiten ilustrar estas dinámicas de control social, percibiendo que esta modalidad de relaciones laborales en el ámbito industrial y la puesta en funciona-

miento de programas de control extensivo, materializados por la creación de Departamentos de Bienestar- pueden ser reconocidas como un horizonte regional y nacional que atravesó las actividades industriales en los primeros sesenta años del siglo XX en Chile. Ello es posible verificar a partir del análisis de iniciativas fabriles específicas en las regiones del Bío Bío, Valparaíso y Santiago. Como estudios de casos se ha seleccionado experiencias de industrias textiles en las ciudades de Tomé y Concepción y de Santiago y sus cercanías. Empresas emblemáticas de muchos rubros mostraron por periodos de casi 40 años, dinámicas cercanas al *control extensivo*, más o menos exitosas, manifestadas en su interés por las intervención de los espacios del no trabajo, es decir, los espacios del ocio, tiempo libre, educación familia y sociabilidad de los trabajadores, siendo las políticas urbanísticas el instrumento más decisivo empleado por las grandes empresas.

La intervención de la vida familiar, tuvo en el diseño arquitectónico de pueblos de compañías o poblaciones obreras un poderoso agente de moralización patronal. Dentro de esta diversidad de iniciativa es posible encontrar prácticas más cercanas a los Company Town o al de las colonias industriales catalanas. Las grandes empresas se emplazaron en lugares específicos relacionadas con sus fuentes de materias primas o en los arrabales de las ciudades para asegurar mercados para sus productos o de mano de obra para realizarlos. Existen estudios antiguos dedicados a analizar espacios industriales que asumieron dichas características. Un trabajo señero en este sentido es el de Peter Winn, que permite ilustrar las prácticas de Juan Yarur en los inicios de la empresa textil que instaló al sur poniente de Santiago en la década del 30, el trabajo de Robinson Lira ilustra inicialmente las prácticas de esta

naturaleza impuestas por Berstein en la azucarera de Vicuña del Mar (Lira, 1992). Como último ejemplo, más profundo quizás, es el análisis que realizó el sociólogo Joel Stillerman, (1998) acerca de las prácticas implementadas por los hermanos Simonetti en la metalúrgica MADECO, en que se combinaron prácticas paternalistas con la existencia de organizaciones sindicales capaces de negociar e incluso mostrar manifestaciones confluencias con los partidos de izquierda, lo que no fue impedimento para que las relaciones laborales fueran estables al menos hasta fines de los años cincuenta.

La población obrera levantada por los Simonetti, en las cercanías del paradero 10 de la actual avenida Santa Rosa, en el municipio de San Miguel, constituye un claro ejemplo de cómo una empresa industrial ayudó a moldear. Si bien las viviendas fueron construidas paulatinamente a lo largo de casi 20 años, su proyección entre las calles Ureta Cox y San Nicolás alcanzó la fisonomía de un auténtico barrio obrero, cuyos habitantes se identificaron con la fábrica, y fueron distinguidos del resto de la población popular que habitaba dicho sector.

Recientemente, nuestro equipo de investigación ha realizado trabajos específicos acerca de este tipo de relaciones en el ámbito de la industria carbonífera desde principios del siglo XX, en empresas industriales ubicadas en espacios como el Gran Concepción, incluyendo Tomé y Penco, en que se instalaron iniciativas dedicadas a la producción de alimentos (azúcar), textiles, enlozados y vidrios. Del mismo modo, han sido objeto de nuestro análisis, empresas ubicadas en las cercanías de Santiago, o en el sur poniente en la capital. Ejemplo de ellas, se encuentran en empresas como la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, de Puente Alto, la Sociedad Fábrica de Cemento de El



Melón (en la ciudad de La Calera), la Fábrica de Consumidores de Gas de Santiago (actual Gasco). Todas ellas gestoras de barrios y poblaciones obreras destinadas a albergar a un gran número de trabajadores de las respectivas empresas, incentivando además formas de vida y prácticas de consumos poco habituales entre los trabajadores chilenos que permiten distinguirlos de otros actores populares y trabajadores, al menos en ese aspecto.

La revista *Anales de Ingenieros*, da cuenta de al menos trece empresas que en la década de 1930 habían implementado iniciativas en que los Departamentos de Bienestar actuaban como articuladores de estas dinámicas de relaciones laborales, que buscaban por una parte proveer trabajadores estables y por otra, alcanzar a través de prestaciones, reconocidas como salario diferido, la fidelización de sus y trabajadores y familias a sus respectivas iniciativas industriales². Ejemplos similares hemos encontrado en fábricas como Cristalerías de Chile, ubicada en un principio en el eje industrial de Vicuña Mackenna, en Santiago, La Central de Leche (Salgado, 2016), en el barrio de San Alfonso, la Fábrica Nacional de Sacos y los barrios derivados de la propia actividad ferrocarrilera en las inmediaciones de la Estación y Maestranza de San Eugenio. Desarrollos parecidos tuvieron las estrategias de las grandes textiles del área sur poniente de Santiago, en el arco dibujado por el ferrocarril de circunvalación, en su proyección entre las estaciones Santa Elena y Yungay, entre las que podemos destacar empresas como Sumar, Yarur y, (más al norte) Chiteco (confecciones). También es posible mencionar industrias como Pizarreño productora de materiales de construcción, que estuvo inicialmente instalada en el mismo distrito industrial pero que más adelante

trasladó al, donóminado, cordón cerrillos, en donde se proyectó hasta la actualidad. Tal como lo hicieron las propias Cristalerías de Chile, INSA (industria nacional del neumático) o la Internacional Bata, en la localidad de Peñaflor, quizás un modelo único de producción manufacturera de calzados, que intentó emular experiencias de intervención social diseñadas por su casa matriz en Europa Oriental.

Conclusiones

Lo que se ha pretendido es el estudio de un número importante de casos reconociendo cómo las estrategias que ensayaron las empresas en sus relaciones laborales se replicaron en aquellas regiones más dinámicas desde el punto de vista industrial en Chile, y que incluyeron rubros de diversa naturaleza. Ello permite plantear la existencia de una suerte de modelo de gestión de la mano de obra expresada en una intervención social ampliada al conjunto de la población obrera y sus núcleos familiares. Aplicada al menos en empresas de gran envergadura y líderes en sus respectivos campos de producción.

En relación con esto último, la investigación ha buscado evaluar las prácticas de resistencia obrera, abiertas o encubiertas, en el contexto de las relaciones laborales industriales y en los espacios urbanos empresariales hegemonizados por la Compañía, reconociendo el comportamiento de los trabajadores atraídos por las prácticas de paternalismo ya sea en una actitud de consentimiento de las prácticas patronales o desarrollando comportamientos de resistencia más o menos abiertas a los criterios de control empresarial. Esto porque si bien el paternalismo burocratizado tiene una pretensión de control totalizante la respuesta obrera ha oscilado desde la adaptación fron-

tal al modelo, constituyéndose lo que Sierra denominó el obrero soñado (1990), hasta prácticas de abierta contradicción con el programa paternalista empresarial, sobre todo cuando las políticas paternalistas han perdido vigor frente a otras formas de control, o porque se ha deteriorado el desempeño económico de las compañía provocando serias restricciones presupuestarias. No obstante, a pesar de estas resistencias abiertas o encubiertas las empresas son relativamente exitosas en “diseñar” una cultura paternalista que termina tiñendo los prácticas de sociabilidad cotidiana especialmente en los espacios urbanos diseñados por las compañías, tal como es posible evidenciar en experiencias muy diferentes, como en la metalúrgica MADECO, la fábrica de confecciones CHITECO, la papelera de Puente Alto (Díaz, 2016) o la cementera de El Melón. Esa cultura paternalista permeó profundamente no solo la sociabilidad de los trabajadores y sus familias, sino también la actividad sindical, al extremo que sindicatos de muchas de estas empresas se opusieron tenazmente a los propósitos de estatización propuestos por el gobierno socialista de la Unidad Popular en los inicios de la década de 1970, incluso en municipios que eran controlados históricamente por militantes de izquierda. En este sentido si bien los trabajadores pudieron organizar sus actividades sindicales, negociar, pero también enfrentarse a los patrones y administradores, al mismo tiempo desarrollaron vínculos de identidad que los hicieron dudar respecto a que lado estar en momentos cruciales de la historia política reciente de nuestro país. No se trata de atribuir estas acciones exclusivamente a los resabios paternalistas presentes en la cultura obrera, pero sí cabe señalarles un lugar en el conjunto de factores que terminaron minando la unidad sindical y de clase.

² *Anales de Ingenieros* 10:37 (1937), 362.



Referencias

- Alexander R. 1949. Industrial social worker in Chile. *Social Service Review* 23: 363-376.
- Artaza P. 2016. El reverso del bienestar. La creación del departamento de bienestar social y el reforzamiento del control social en el Norte Grande a principios de los años veinte. *Estudios Atacameños* 52: 49-68.
- Brito A., Ganter R. 2015. Cuerpos habitados, espacios modelados: el caso de la siderúrgica Huachipato, 1940-1970. *Historia* 396: 11-36.
- Cortés J. 2006. Políticas del espacio. Arquitectura, género y control social. *Generic*, Barcelona, España.
- De Gaudemar J. 1991. Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo. En R. Castel (Eds.), *Espacios de poder*. Ediciones de la Piqueta, Madrid, España.
- DeShazo P. 2007. Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, Chile.
- Díaz C. 2016. Identidad papelera y relaciones de sociabilidad. La experiencia de los trabajadores de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones. Puente Alto, 1968-1973. Tesis para optar al Grado de Magister en Historia. Universidad de Santiago de Chile.
- Fernández A. 2010. Nomadismos contemporáneos, formas tecnoculturales de la globalización. Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, España.
- Frey J. 1986. La ville industrielle et ses urbanités: la distinction ouvriers-employés: Le Creusot, 1870-1930, Pierre Mardaga, Lieja, Bélgica.
- Garcés E. 2003. Las ciudades del cobre: Del campamento de montaña al hotel minero como variaciones de la company-town. *EURE* 29: 131-148.
- Garner J. 1992. *The Company Town. Architecture and Society in the early industrial age*. Oxford University Press, New York, USA.
- Harvey D. 2014. *París, capital de la modernidad*. Akal Ediciones, Barcelona, España.
- Hidalgo R. 2005. La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, Chile.
- Jerram L. 2006. Kitchen sink dramas: woman, modernity and space in Weimar Germany, *Cultural geographies* 13: 538-556.
- Klubock T. 1998. *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*. Duke University Press, Durham Duke, USA.
- Lefebvre H. 2013. *La producción del espacio*. Capitán Swing Ediciones. Madrid, España.
- Levy A. 2012. *Ville, urbanisme et santé. Les trois révolutions*. Éditions Pascal, Paris, Francia.
- Lira R. 1992. Modelo de relaciones industriales y orientación sindical. El caso de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, 1930-1973. Ediciones Sur, Proposiciones Vol. 27, Santiago, Chile.
- López P. 2010. *Del campo a la fábrica. Vida y trabajo en una colonia industrial*, Catarata Ediciones, Madrid, España.
- Miller D. 2001. *Material cultures. Why some things matter*. University College London, Londres, UK.
- Muñiz J. 2007. *Del pozo a la fábrica. Genealogías del paternalismo minero contemporáneo en Asturias*. Trea Ediciones, Oviedo. España.
- Rojas J. 2015. Historiografía chilena reciente sobre el siglo XX: 1989- 2014, en Álvaro Góngora (coord), *Anatomía de una disciplina: 25 años de historiografía chilena*. Universidad Finis Terrae, Santiago, Chile.
- Salazar G, Pinto J. 1999. *Historia contemporánea de Chile, Tomo II. Actores, Identidad y Movimientos*. Ediciones Lom, Santiago, Chile.
- Salazar G, Pinto J. 2002. *Historia contemporánea de Chile, Tomo III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores*. Ediciones Lom, Santiago, Chile.
- Salgado X. 2016. *Decir leche, es decir raza, es decir salud. Creación, desarrollo y gestión de trabajo de la Central de Leche (1935-1941)*. Tesis para optar al Grado de Magister en Historia. Universidad de Santiago de Chile.
- Sennett R. 1997. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial, Madrid, España.



Sierra J. 1990. El obrero soñado: ensayo sobre el paternalismo industrial. Asturias (1900-1940). Siglo XXI Ediciones, Madrid. España.

Stillerman J. 1998. From solidarity to survival. Transformations in the culture and style of mobilization of Chilean metalworkers under Democratic and Authoritarian Regimes. 1945-1995, PhD Dissertation, Department of Sociology, New School for Social Research, New York, USA.

Venegas H. 2014. Paternalismo industrial y control social. Las experiencias disciplinadoras en la minería del carbón en Chile, Lota y Coronel en la primera mitad del siglo XX, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers*. En <http://alhim.revues.org/5099> (consultado el 10 de agosto de 2016).

Vergara A. 2013. Paternalismo industrial, empresa extranjera y campamentos mineros en América Latina: un esfuerzo de historia laboral y transnacional, en *Avance del Cesor* 10: 113-128.

Videla E, Venegas H, Godoy M. 2016. El Orden Fabril. Paternalismo industrial en la minería chilena, 1900-1940. Ediciones América en Movimiento, Valparaíso, Chile.

Winn P. 2004. Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo. LOM Ediciones, Santiago, Chile.

Zimmermann C. 2013. *Industrial Cities. History and Future*, The University Chicago Press, Chicago, USA.